

## DESIDERATUM

*Aunque sólo unos pocos son capaces de concebir una idea política, todos somos capaces de juzgarla.*

*Pericles de Atenas*

*Los sabios deben gobernar, y los ignorantes deben obedecer.*

*Platón de Atenas*

En este ensayo me propuse dejar de lado comentarios sobre la vida en una sociedad ideal. He preferido reseñar algunos aspectos de la democracia y de su savia principal, la opinión de la gente, tal como los concibo. Ciertamente algunas referencias que he hecho sobre la naturaleza humana y sobre la naturaleza del poder son cualquier cosa menos apologéticas. La historia enseña hasta el cansancio que cuando se deja de lado la realidad, y se parte de ilusiones y mentiras, acaba mal la travesía.

La mayoría de la gente es realista en su vida cotidiana y en su trabajo. Sin embargo, en no pocas ocasiones, el grueso de la población, y varios de los miembros de la clase dirigente e intelectual, sufren una extraña metamorfosis mental y emocional cuando se refieren al mundo político y social. Un pseudo-intelectualismo, un pseudo-moralismo y un pseudo-amor por la humanidad les impide diagnosticar correctamente los males de la vida en sociedad. En sus vidas privadas buena parte del tiempo son seres racionales, pero en la vida pública hacen gala de un pensamiento mágico altamente irracional. Probablemente una de las razones de este extraño proceso mental es que todos nos tenemos en tan alta

estima que nos disgusta reconocer lo poco que sabemos y la naturaleza emotiva, tribal y egoísta de muchas de nuestras actitudes, ideas y creencias.

Una de las definiciones que más aprecio de la democracia es la que dice que es un proceso de formación de opinión pública. En ese inmenso fogón se fraguan cotidianamente las opiniones públicas de sus habitantes. Es claro que el peso de las opiniones es muy distinto, pero también es cierto que en una sociedad abierta con un intenso y continuo flujo de ideas y de información, ninguna persona o grupo por poderoso que sea, tiene la capacidad de imponer sus opiniones fácilmente. La variedad y la cantidad de los ingredientes que entran constantemente a ese inmenso fogón, impide predecir o controlar el sabor, la textura, la cantidad, la dureza o maleabilidad de esa substancia final que se va formando incesantemente.

Hemos señalado que en general las opiniones son cualquier cosa menos ejemplo de inteligencia y sabiduría y que la democracia es un sistema que, en medio de muchas limitaciones y defectos, escucha la opinión de sus ciudadanos sobre algunos de los temas de mayor trascendencia pública. Hemos también señalado que paradójicamente, a pesar de la pobre naturaleza de las opiniones humanas, la democracia ha demostrado ser un sistema más benigno, justo, honesto y eficiente que los sistemas totalitarios.

La democracia es sobre todo una cultura: la de hombres libres y tolerantes que expresan a viva voz su opinión sobre los asuntos públicos. Ese conjunto de voces es más

sabio y prudente que la de unos pocos. Platón creyó ilusamente en la natural bondad del hombre ilustrado, y sin proponérselo dió sustento doctrinario a los sistemas totalitarios. Pericles, más realista, sabía que, como lo expresó Voltaire dos milenios después, **“el más filósofo de los reyes siempre será más apto para confirmar los vicios del poder que las virtudes de la filosofía”**. Toda autocracia, por ilustrada que sea, termina creando una ponzoñosa red de arbitrariedad, corrupción y abuso de poder. La naturaleza humana es débil; flaquea fácilmente: si al poder no se le contraponen límites, controles y un ejercicio crítico permanente, inexorablemente degenera. En buena medida la democracia se fundamenta en el reconocimiento de esta elemental verdad. Todos sabemos que el poder corrompe; solo los cínicos o los ingenuos son capaces de negar esta ubicua y contundente realidad.

Pecaríamos de falta de realismo si dejamos de afirmar que los hombres y las sociedades también poseen rasgos de inteligencia, sabiduría, generosidad y honestidad. La bondad es también parte de la vida. (No en el grado en que los políticos lo expresan cuando con obvias intenciones hablan de la política y del pueblo en términos altamente laudatorios. Cuando se dice que la voz del pueblo es la voz de Dios, se comete una monumental herejía, y cuando se dice que el pueblo no se equivoca, se expresa un soberano disparate).

La historia nos muestra que esas reservas mentales y éticas de la gente constituyen una de las principales razones que hacen de la democracia el menos imperfecto de los sistemas políticos que conoce la humanidad.

Por lo tanto, todo esfuerzo encaminado a mejorar la racionalidad, la objetividad, la independencia y el espíritu crítico y autocrítico de los ciudadanos, debe contar con el apoyo entusiasta de quienes genuinamente aspiran a una sociedad más libre, justa y solidaria.

¿Cuál es el principal remedio para enriquecer las opiniones de los ciudadanos y el libre juego de las ideas y, por lo tanto, para fortalecer el sistema democrático? La educación. El verdadero maestro debe inculcar en el alumno un espíritu crítico, pero sobre todo autocrítico; debe enseñarle a ver las cosas con desapasionamiento; enseñarle que son muchas las formas de ver los hechos; enseñarle a indagar cuál es la fuente de sus creencias y prejuicios; enseñarle que la realidad es siempre muy compleja y que no es posible tener sino ideas parciales de esa realidad. El maestro debe enseñarle al alumno la naturaleza y la historia de la libertad, de la tolerancia y de la censura; debe enseñarle a ser consciente de los mecanismos del pensamiento; ayudarle a entender cómo funciona la mente con hechos que son ajenos y distantes; ayudarle a comprender que el mundo es intrincado, complejo, confuso y cambiante y que a menudo, no podemos tener de él más que ideas generales y estereotipadas. De manera especial debe enseñarle a saber lo poco que sabe y que quienes no poseen la educación adecuada y no son lo suficientemente sabios para conocer su ignorancia, son precisamente los que están más necesitados de ser educados.

El verdadero maestro -dice Popper- sólo puede probarse a sí mismo exhibiendo ese espíritu de autocrítica que le hace falta al hombre sin educación. Sócrates

consideraba que la mejor manera de mejorar la vida política de la *polis* era educando a los ciudadanos a ejercer el espíritu crítico y autocrítico. Por eso alegaba que él era el único político de su tiempo en oposición a aquellos que adulan a la gente en vez de buscar el verdadero interés de ellos.

Conforme nos volvemos más conscientes de nuestros prejuicios más nos percatamos de lo insensatos y crueles que suelen ser. Al principio el descubrimiento de nuestros prejuicios puede ser doloroso porque están vinculados con nuestra propia dignidad y autoestima. Pero una vez que comenzamos a transitar ese camino sentimos un inefable gozo: sabemos que nuestro horizonte se ha ensanchado pues observamos desde cumbres mayores; sabemos que hemos salido de la caverna y que lo que vemos no son las sombras de la superstición y el prejuicio; fuera de la caverna podemos ver de frente la realidad tal como se nos presenta: descarnada y cruda, con sus luces y sombras, con su cuota de bondad y maldad, heroísmo y cobardía, generosidad y avaricia, conocimiento e ignorancia, grandeza y mezquindad.

*El estudio del error no es sólo, en el más alto grado, profiláctico, sino que sirve como estímulo introductorio al estudio de la verdad.*

*Walter Lippmann*

San José, enero de 1996